

MAURIZIO CUCCHI, *El desaparecido*, traducción de Juan Carlos Reche, Vaso Roto, 2014, 216 pp. ISBN: 978-84-16193-09-7

En términos generales, el carácter centrípeto de la poesía hace que sea mucho más difícil la catalogación de poetas, generaciones y corrientes poéticas que en el caso de la prosa, donde los autores son mucho más fácilmente asimilables a tendencias y modelos narrativos. Seguramente es en la multiplicidad de problemáticas formas que adquiere el sujeto de la enunciación en poesía (ese lugar, decía Juan Ramón Jiménez, en el que “donde tienes que ir es a ti mismo”), donde radica una de las grandes dificultades a la hora de dar a conocer una obra lírica. Evidentemente a mayor sea el riesgo que un poeta asume y a mayor distorsión de los presupuestos enunciativos del poema, mayor será también la dificultad del lector.

También es sencillo constatar, dejando de lado cuestiones que atañen a la escasa difusión que se da a los textos poéticos, cómo a un novelista muchas veces le basta una sola novela para consagrarse, ser reconocido y, algo no necesariamente positivo, ser considerado dentro de un determinado género. El poeta, por el contrario, es invisible si no tiene eso que se llama “voz propia”, esa marca de fuerte personalidad que, también en muchos casos, no siempre es entendida en toda su dimensión.

Todo esto no sería más que palabras huecas si no fuera porque estas cuestiones acaban por surgir cuando uno se encuentra ante una imponente obra como la que presenta ahora Vaso Roto. Al interés que siempre despierta esta certera editorial (basta darle un vistazo a su arriesgado y creciente catálogo para darse cuenta de ello), se suma esta publicación, en edición bilingüe a cargo del traductor y poeta Juan Carlos Reche, de *Il disperso*, obra de exordio con la que el poeta milanés Maurizio Cucchi, una de las voces más relevantes de la poesía italiana de las últimas décadas, entretuvo a la crítica en un ya lejano 1976.

Que un poemario de este calibre haya tardado casi cuarenta años en ser traducido al castellano no deja de ser más que otro claro síntoma de la posición que ocupa la poesía entre nosotros y del reducido espacio que se le otorga en nuestro contexto editorial y cultural. En todo caso, una edición bilingüe es siempre, no cabe duda, un riesgo para el traductor, más aún si se trata de una obra tan peculiar como esta; baste decir que de tal empeño Juan Carlos Reche, del que no hace mucho tuvimos ocasión de leer sus traducciones de Giorgio Caproni para *Pre-Textos* y Giovanni Raboni para *Vaso Roto*, sale reforzado.

Es evidente, por otro lado, que este poemario requiere de antemano, como toda obra arriesgada tanto en contenido como en forma, un público lector capaz de entrar en el juego propuesto por el autor; en este caso, se hace casi necesario un lector dispuesto a juntar pacientemente las piezas dispersas que conforman este poemario en forma de rompecabezas tejido en torno a la problemática desaparición de esa persona enunciada en el título. De hecho, sabemos desde los primeros versos que alguien ha desaparecido (léase el enigmático inicio “En las cercanías de... hallada la Lambretta. Cubierta de polvo, hecha pedazos”, ciertos versos dispuestos a lo largo del poemario: “Hallado entre los efectos personales abandonados / un diario rico en anotaciones” o, más adelante: “Todo empezó hace unos días. / Me ha referido la portera que lo vio salir / tranquilo a primera hora de la tarde”, o simplemente el título de algunos poemas: *Investigación; informe, Confesión íntima, o En espera del drama*), pero no somos capaces de saber quién es esa persona, por qué, cuándo y cómo han sucedido los hechos o, ni siquiera, a quién pertenece la cambiante

voz de la enunciación. ¿Un investigador, testigos, vecinos, familiares...? y aún más, nos plantea autor, “¿A quién pertenece el ojo del espectador?”

Queda lejos de una reseña aportar una posible solución al enigma planteado, si es que de eso se trata, cosa que no creemos. Al lector le servirá el esclarecedor epílogo en el que el traductor Juan Carlos Reche contextualiza el poemario y aporta algunas posibles claves sobre el mismo, aunque, como recuerda retomando a Giovanni Giudici, “cualquier explicación o aclaración ulterior de esta poesía sería una impostura”.

En efecto, la reconstrucción de los hechos (o la posibilidad misma de hacerlo) no es en ningún momento ni necesaria ni obligatoria, puesto que, más allá de los hechos narrados (y decimos narrados porque por momentos la cercanía a la prosa es más que evidente, según remarca alguno de los críticos mencionados en el epílogo), la gran virtud de este texto, basado justamente en esa fragmentariedad, en esa falta de un centro estable, de una imagen central, en ese carácter poliédrico y descentrado, de hechos y fragmentos dispersos sin nexo aparente, radica en que el poemario viene en último lugar a representar un sentimiento que trasciende los hechos mismos: esto es, el desconcierto del poeta mismo ante la vida y ante la sociedad, un voluntario deseo de diluirse entre esos mismos pedazos de cotidianidad sin dar la cara abiertamente (“Enmendarse; ser tú, ser él, / ser en mil puntos distintos... ora fijos, / ora rodantes... quien va, quien viene: hombres. / Las múltiples posibilidades no expresadas...”). ¿Incapacidad de afrontar el propio momento o negación de una realidad que le resulta extraña?

Según expresó no hace mucho el crítico Magrelli: “Lenticular y concéntrica, la fuerza de *Il disperso* sigue siendo aún hoy ejemplar en su intacta capacidad de traducir la fibrilación física en palabra poética”.

Basado pues en ese meditado desencaje de objetos y personas fuera de sitio y alejadas de su cotidianidad, todo el poema es como una minuciosa descripción de la escena de un crimen en la que alguien, antes de la llegada de la policía, ha puesto todo patas arriba. Captamos el desorden (“No es el cerebro ya / quien dicta aquí la ley”), los restos rotos por el suelo de algo que fue vida y por los que se cuelan pedazos del día a día desordenados (fotos, recuerdos familiares, cajones del alma revueltos, la ropa sacada de los armarios...), pero sin saber exactamente cuál es el crimen y quién es la víctima. La poesía, en definitiva, como postura ética y como salvaguarda, puesto que: “De nuevo una tregua; un inventario. / Lo ideal, tras el gran tufo, / es asomarse a la ventana. Como un loco / agarrado al tubo del gas para no acabar / a plomo con los peces rojos del patio”.

En todo caso, nada más que la poliédrica vida (con sus traiciones, sus enigmas y sus ilusiones cumplidas o fallidas) que acaba por adueñarse del poema. El enigma podría no ser otro que la vida misma.

“La figura geométrica que simboliza la prosa, escribía Octavio Paz, es la línea: recta, sinuosa, espiral, zigzagueante, mas siempre hacia delante y con la meta precisa. De ahí que los arquetipos de la prosa sean el discurso y el relato, la especulación y la historia. El poema, por el contrario, se ofrece como un círculo o como una esfera: algo que se cierra sobre sí mismo, universo autosuficiente y en el cual el fin es también un principio que vuelve, se repite y se recrea.”

*Juan Pérez Andrés*